

No hay dos sin tres... en las lenguas que convengan

Juan Eduardo Tesone*

“...que ma prope langue
soit la langue étrangère qui deviendra la plus proche”¹

André du Bouchet. (1986)

Ici en deux. En *Mercur de France*.

Los números en psicoanálisis no son una serie de números naturales, pero tampoco podría decirse que son números primos, dado que tendrían un carácter ligeramente incestuoso. Contrariamente a lo que nos enseñaban cuando aprendimos a contar, para poder llegar al dos y luego al uno, hay que lograr primero el tres. O sea que el tres precede al dos, que a su vez precede al uno. Y encima este número uno no es un número entero, como correspondería en matemáticas, sino que es un uno dividido para siempre.

Esta noción de terceridad me parece capital para producir alteridad y, por ende, subjetividad. El complejo de Edipo, es bien sabido, es el momento crucial en el cual la tragedia de Sófocles se convierte en drama que tiene una salida no necesariamente trágica en su entramado. El complejo de Edipo -y me permito subrayar lo de complejo- se juega en los cuerpos sexuados de los protagonistas. En las triangulaciones actuales, en las cuales los adultos no son necesariamente de distinto sexo, cobra particular relieve la idea de terceridad y de ley simbólica de prohibición del incesto más que la llamada ley paterna, cuya denominación puede confundirse con el *Pater*. Pero más allá de la configuración que pueda tener el grupo familiar, la función *princeps* de la familia sigue siendo la de producir alteridad. El niño tiene su propio intrapsíquico, pero su alteridad se va a fabricar en lo intersubjetivo en relación a objetos externos sexuados, que hablan y a su vez son sujetos de su propia historia hablada.

* jetesone@hotmail.com.

¹ ...que mi propia lengua sea la lengua extranjera que se convertirá en la más próxima.

En este mundo de signos y de palabras, el niño no existe sino por el corte que desfusiona, diferencia, temporaliza y permite la asunción de la falta y la castración simbólica. El aparato psíquico del niño se va conformando en el interjuego de los discursos de los padres, cuyo momento culmine será el complejo de Edipo. Que existen múltiples formas de tramitar el complejo de Edipo es una evidencia clínica. Elegiré en esta ocasión un eje de reflexión que concierne no sólo el logos, sino particularmente el uso de una lengua llamada extranjera, en todo caso diferente a la llamada materna como manera de contornear una excesiva pulsionalidad que desborde los mecanismos de represión. Si los deseos incestuosos, por parte de alguno de los tres protagonistas, pueden ser intensos y desbordar la capacidad represiva de los mismos, la migración y el uso de una lengua extranjera pueden funcionar como una terceridad en caso que la misma sea desfalleciente. En vez de seguir los caminos aparentemente conocidos de la lengua materna, se puede a veces recurrir a los pequeños senderos forestales, al abrigo del calor, refrescados por la otra lengua. ¿Cómo calificarla: prestada, extranjera, de adopción? Si hablo de calor es porque el psicoanálisis tiene que ver con el lenguaje, por supuesto, pero sobre todo con el afecto y con la pulsión. Con la otra lengua el recorrido se alarga, pero esto no es un problema, después de todo "la pulsión es menos un vínculo que un circuito" (Green, 1973).

Cuando el sujeto elige analizarse en otra lengua mantiene deliberadamente sus distancias, alejándose de la voz del objeto primario, fuente de una excitación demasiado grande. Si el circuito es más corto, el sujeto teme la sobrecarga afectiva, teme el cortocircuito.

¿Qué hubiera ocurrido si Edipo, ese célebre migrante, no hubiese hablado la misma lengua que Layo o que la Esfinge?, ¿habría podido rodear la ciudad de Tebas y evitar así la tragedia?

Pero antes de proseguir pregunto: ¿La lengua de la madre es realmente la lengua materna? La pregunta no es una tautología y su respuesta es menos evidente de lo que parece, necesitando un cierto recorrido previo.

Existe una alienación esencial inherente a la lengua, propia de toda lengua, que es siempre la lengua del otro. La lengua llamada materna no es nunca puramente natural, ni propia, ni habitable. No hay lenguas propias de origen, hay lenguas propias a la llegada (no hay lengua propia de origen, hay lengua propia a la llegada), luego del recorrido que desalienta del deseo del otro. En algunas ocasiones, la lengua de la madre no es tanto la lengua que habla la madre al niño en su cotidianidad, sino la lengua que desea la madre, que no siempre coincide de manera unívoca con su propia lengua. Jacques Derrida (1996) se

pregunta qué es una lengua, quién la posee verdaderamente, a quién ella posee. "¿La lengua, es una posesión que posee o que es poseída?, ¿qué hay de ese ser-en-su-casa de la lengua hacia donde no cesaremos de retornar?" (Derrida, 1996, p. 122). Envoltorio sonoro, baño de lenguaje que el niño reconoce como siendo la lengua de la madre aún antes de haber nacido. ¿Es posible, sin embargo, mantener esta afirmación sin cuestionarla? Confrontado al duelo de la separación del cuerpo a cuerpo con la madre, el bebé alucina primero el objeto primario, aparece el llamado, los lloros y el grito luego, el laleo y los primeros fonemas más tarde. Relación intracavitaria con la madre al inicio, se produce la aparición del lenguaje para compensar la ausencia, que aproxima y separa a la vez, introduciendo la extranjeridad del otro, más allá de que sea su propia madre. La lengua de la madre, enraizada en su vivencia pulsional, vehiculiza a la vez la universalidad del lenguaje y el deseo materno. La palabra de la madre imprime en el niño el sello de la alienación primera al sentido de su propio discurso, violencia interpretativa originaria, impuesta por la madre al niño, de la cual hablaba Piera Aulagnier (1975). La lengua materna, pienso, requiere una distancia con la lengua de la madre. Demanda reconocer la lengua de la madre como la lengua de un otro, hacerla menos solemne, desprenderse de lo originario presuntamente natural de la lengua, desacralizarla. La lengua materna exige poder hacerla propia en algún momento, atribuirle un sentido singular para el sujeto. Lograr realizar el duelo de la fusión inicial, poder dejar la confusión del Uno absoluto. Es bueno desear la lengua materna para desprenderse luego y reinventarla finalmente a través de una terceridad que lo subjetive.

Derrida (1996, p.127) subraya que el "de" de la lengua de la madre «significa no tanto la propiedad como de dónde proviene: la lengua es del otro, venida del otro, la venida del otro». En ese sentido, se puede decir que la lengua materna es una lengua de partida, luego no se encuentran sino lenguas de recorrido, o incluso de llegada, movimiento hecho explícito por el plurilingüe, pero del cual el monolingüe no está exento: "Nunca tenemos una sola lengua, el monolingüismo no hace nunca uno consigo mismo" (Derrida, 1996, p.123). La lengua de la madre es antes que todo una lengua "afectada", es decir atravesada por un movimiento afectivo. A veces envolviendo y conteniendo, a veces generando angustia vampírica o incestuosa.

El pasaje de la lengua de la madre a la lengua materna supone el corte con el cuerpo a cuerpo de la fusión inicial, el abandono de esa lengua de comprensión perfecta, a la cual hace referencia el mito de Babel (Amati-Mehler, J.; Argentieri, S. y Canestri, 1990). Pasaje que supone la inclusión del tercero y el corte consiguiente, que permite una cierta

deconstrucción de la saturación del *demasiado de sentido* de la lengua de la madre. Para luego partir a la búsqueda, nunca del todo alcanzable, del sentido de su propia lengua; es decir, de la lengua tamizada por su deseo y el efecto que el mismo anuda a su discurso. Hablar supone una pérdida: desde que el sujeto habla no es más un sujeto hecho para el goce del Otro materno, y nada viene a significarle lo que es. (Chaboudez, 1994).

Ese recorrido puede hacerse por la cadena de significantes del mismo idioma materno, o requerir el pasaje por otras lenguas, llamadas extranjeras. Lo cual plantea en psicoanálisis, un campo clínico sumamente sugestivo, como es el uso en sesión, de manera aislada, o en el curso del análisis, de otra lengua que aquella que le enseñó su "nodriza". Ya sea por parte del analizante, del analista o de ambos.

El encuentro con Luciano

La primera entrevista, que tuvo lugar en París, se desarrolla en francés; nada más común en Francia, si no fuera por el hecho de que el francés no era la lengua materna de Luciano, y tampoco es la mía. Sin embargo, la situación es más trivial de lo que parece. En efecto, me tienta pensar que el analista y su paciente nunca comparten realmente la misma lengua, como si la unidad de lengua pudiera engañar, incluso a los Klein (Eric y Melanie) o a los Freud (Anna y Sigmund).

Menos trivial es, sin embargo, la elección implícita de Luciano de analizarse en la lengua de su país de adopción. El colega que me lo derivó había pensado que mi conocimiento de la cultura italiana podía ser provechoso para la cura. Pero debemos aclarar que Luciano no había buscado especialmente un analista ítalo-hablante, lo que hubiera sido posible para él en una ciudad tan cosmopolita como París. No obstante, le hago saber a Luciano que comprendo el italiano y que puede utilizar dicha lengua si tuviera ganas o si sintiera la necesidad de hacerlo. Si bien sus padres eran ambos italianos, su padre hablaba el dialecto de su región de origen y no dominando el italiano. Lengua que sí dominaban su madre y su abuela, de otra región de Italia donde no se hablaba dialecto. El idioma italiano había adquirido para la rama femenina de la familia, el falo que carecía el padre.

El análisis de Luciano me dejó la impresión de haber viajado mucho. Vagabundeo que no fue sin placer. Viaje a través del espacio del psiquismo individual, de los intersticios del entre-dos (y del entre-tres) de la relación paciente-analista, de los espacios entre las generaciones, para volver, después de ese recorrido, a una nueva perspectiva del espacio

intrapésico, un nuevo topos, pero también una nueva geografía. Viaje también a través del tiempo, retorno hacia el pasado, retorno tal vez hacia el futuro contenido en germen en ese pasado. Y sobre todo, viaje a través de las lenguas. Las que utilizamos de una manera explícita: el francés, nuestra lengua de intercambio prevalente (la de su mujer, la de sus hijos); el italiano (su lengua materna), solamente algunas palabras o frases siempre cargadas de un contenido emocional intenso (lengua de su madre, de sus abuelos maternos, de su hermano); el inglés (en raras oportunidades, en las cuales la lengua francesa vacilaba en su función de para-excitación de una pulsionalidad demasiado invasora) y las que se hallaban en filigrana, pero no por eso menos presentes: la lengua de su padre, que Luciano no habla pero comprende el dialecto de su región y el castellano (mi lengua materna).

Viaje también a través de otro lenguaje, el lenguaje musical, presente a lo largo de todo su análisis, si tenemos en cuenta que Luciano era un apasionado de la música. Finalmente, musicalidad de nuestros acentos respectivos: el suyo, apenas reconocible; el mío, que le había permitido adquirir la casi certeza de que mi lengua materna era originaria de América Latina, probablemente de la Argentina, aunque de origen italiano, tal como lo sugiere mi apellido.

Luciano ya no contaba con un diccionario italiano en su casa. Si en alguna oportunidad necesitaba encontrar el sentido de una palabra en italiano, recurría a un diccionario francés-italiano primero, para encontrar luego la palabra equivalente en francés que le permitiría aprender su sentido. Me dirá: "Siempre necesito una transferencia".

El encuentro con Luciano creó un campo analítico (Baranger y Baranger, 1969) muy particular, en el cual mis primeras disposiciones subjetivas han debido desempeñar un papel significativo permitiendo (o tornando más difícil) la expresión de una transferencia fantasmática. Como lo sugiere Penot (1994, p.1594), "algo del analista sería percibido de entrada por el inconsciente del paciente como una oferta a transferir". Aunque ligeramente distinta, esta opinión se asemeja a la idea de Neyraut (1974), según la cual la contratransferencia precedería cronológicamente a la transferencia.

En su análisis, en la trama tejida por el entrelazamiento de varias lenguas, el francés tuvo por momentos una función de extraterritorialidad, de *no-man's-land* al abrigo de los conflictos. Ya sea de para-excitación como de área transicional, pero muy a menudo, una función de tercerización de nuestra relación, conteniendo una pulsionalidad experimentada como demasiado peligrosa.

Una lógica binaria reinaba en el mundo afectivo familiar, encerrado de su infancia: "Si soy complaciente con mi madre, tornándome tan disponible como ella lo quiere, descuido

a mi padre; y si soy generoso de mi amor para con mi padre, es a mi madre a quien voy a decepcionar. Mi padre es malo, mi madre es buena. Esta idea que creí tener durante mi infancia, no sé si mi madre contribuyó para que yo la tuviera, pero sé que mi abuela sí. Me contaba en secreto cosas que ahora me chocan. Por ejemplo, que durante la noche de bodas de mis padres, mi padre se habría manejado como un puerco, brutalmente, sexualmente perverso. Por detrás de esta idea, estaba la idea más general de que no solamente mi padre, sino todos los hombres, eran así. Esto no se corresponde con la imagen que, ya adulto, tenía yo de mi padre, pero la imagen que me dio mi abuela, sin duda, marcó mi relación de infancia con él”.

Así se expresa la contradicción en la cual se encuentra atrapado Luciano: si afirma su virilidad, se convierte inexorablemente en el hombre tan detestado por su abuela. Acceder al “mundo racional”, germánico, de su padre, se torna entonces su único medio de abandonar el “mundo irracional”, latino, de su madre.

La imagen que Luciano se había forjado de su padre oscilaba entre la de un hombre dulce, gentil, justo, pero eternamente impotente ante el poder de las mujeres, y la de un hombre potente pero brutal, más cercano al relato de la abuela, y cuya violencia sexual podía volverse contra él.

El recuerdo de un pequeño juego verbal de su infancia, traído a sesión, es tal vez revelador del lugar que ocupaba Luciano entre su madre y su abuela. Le preguntaban -soplándole las respuestas por adelantado-: “¿Qué le trajo Luciano a la familia?” -como si el niño hubiera sido un objeto parcial-regalo-. “¿Qué le trajo Luciano a la abuela?”, y Luciano contestaba: “La cabeza de seda” -por sus cabellos rubios y sedosos-. Se suponía que a la madre le había traído los ojos azules; a su hermano, las manitos que hacen monerías, y ¿a su padre?, ¿qué le trajo Luciano a su papá?, y Luciano debía contestar: “El pinpin” (el pito), en medio de una gran carcajada de todo el mundo. ¿De todo el mundo? No recordaba si su padre estaba allí.

Si la madre y la abuela pensaban que ese objeto parcial fálico debía serle llevado al padre, es que sin duda, según ellas, le hacía falta terriblemente. En todo caso, el objeto parcial fálico parecía estar sobre todo destinado a garantizar la potencia fálica de esas dos mujeres. Para Luciano, las cosas ocurrían de este modo: convirtiéndose en el pene del padre, evitaba que este último fuera castrado y escapaba él mismo a la castración de la madre fálica (David, 1964). En todo caso lo fijó en una posición alienante de ser el falo materno.

En el transcurso de la misma sesión, Luciano relata otro recuerdo. Me explica que el trabajo de su padre hacía que éste tuviera que estar ausente periódicamente varias noches por semana. "Iba a dormir con mi madre. Sensación increíblemente fuerte de las piernas de mi madre que buscaban las mías debajo de las frazadas. Aún hoy siento un gran placer, cuando me despierto, en frotar mis pies uno contra el otro. Esta imagen de una madre pulsional hiper-excitante, en general atribuida a la abuela, va a permanecer escindida mucho tiempo, "en espera". La imago materna que prevalece es la de la madre mortífera-mortificada.

Luciano y su hermano deben evitar contrariar a su madre, aparentemente enferma del corazón: "*Fai il bravo con la mamma*" (sé amable con mamá), le decía su padre, una frase más bien trivial que Luciano había comprendido como la conminación a someterse a todos los deseos de su madre, a ser su objeto parcial fálico. No hacerlo podría haber producido la muerte de ésta y también la propia, ya que dicha madre, aunque a menudo sombría, opaca, podía bruscamente estallar en cólera, provocar su caída, su muerte. El miedo a morir viene a anudarse con el relato acerca de los abortos de la madre: "Ustedes tendrían que haber sido cinco", profería su madre, aludiendo a tres abortos. "Había, pues, tres desaparecidos", concluía Luciano. Habiendo logrado convertirse en el preferido de su madre, se veía obligado a ser de una "amabilidad ejemplar" para mantener su lugar en el pedestal, pero también y sobre todo para preservar su vida. En su terror, Luciano estaba fascinado por el relato que su madre le había hecho del destino sufrido por Lucifer, "*la caduta degli angeli ribelli*" (la caída de los ángeles rebeldes). "Lucifero -le había contado- era el más bello y el preferido de Dios, pero cayó en el infierno". Luciano temía no sólo sufrir el mismo destino de Lucifer, sino, sobre todo, tener el mismo destino que aquellos tres niños desaparecidos, "caídos" ellos también. "En mi casa, no es Dios Padre sino Dios Madre". Un calendario ilustrado, colgado en un muro de su casa y que mostraba diferentes episodios del Infierno de Dante, no ayudaba a tranquilizarlo. "Algunas de esas imágenes están grabadas en mi mente, en particular una con hombres donde solamente sus cabezas sobresalían del hielo, como de un lago congelado. Yo pensaba que el infierno era fuego, no sabía que había lugares fríos".

Tal es la paradoja del niño edípico que fue Luciano: seducir a su madre atraería tal vez la cólera de su padre, pero no seducirla, ¿no produciría acaso su propia muerte?

Luciano va entonces a destacarse en el arte de la seducción: "Seducir es para mí algo vital", me dijo un día. Para Luciano, la cuestión del sexo de los ángeles no es una simple discusión bizantina, lo reenvía al temor del dominio materno (Pragier, 1986). Temor que

resurgirá muy a menudo en la transferencia, a lo largo de la cura. La lengua italiana y sus referencias culturales fueron de este modo utilizadas para seducirme defensivamente, aunque permanecían vivas por su enlace con la vida imaginaria.

La multitud de imágenes de la "Virgen con el niño" que adornaban la casa de su infancia y, en particular, un cuadro en la habitación de sus padres habían llamado su atención. La Virgen reinaba siempre, manteniendo para sí sola el niño entre sus brazos. De todas las vírgenes, aquella que había sin duda cristalizado su deseo era una reproducción de Piero della Francesca: *El retablo de Brera*. La imagen constituye el soporte imaginario privilegiado de su vínculo con la madre. Este cuadro muestra a la Virgen sentada con el niño dormido en brazos en una iglesia. La díada está rodeada de seis santos, cuatro ángeles y un mecenas. Por encima de la cabeza de la Virgen se halla suspendido un huevo bastante misterioso. Por un efecto de perspectiva, se sitúa exactamente por encima de la cabeza de la díada. El niño, con los ojos cerrados, parece estar a punto de caer de las rodillas de la Virgen. Luciano me dice que ese huevo siempre le había hecho pensar en la relación con su madre. En el cuadro, pensaba, "es inconcebible que el huevo se rompa. Esto también me da un poco de vergüenza, por qué no poner bigotes como en *La Gioconda*; podríamos imaginar un huevo roto en el cuadro de Piero della Francesca, pero yo no soy un buen iconoclasta".

Luciano, según sus propias palabras, "no soy un buen iconoclasta", no pudiendo "poner bigotes", introducir un tercero en la relación encerrada, encapsulada con su madre, no encontrará otra salida que la escisión y la represión redobladas por el cambio de lengua. Para no romper el huevo, "dejará" el divino niño a su madre, al mismo tiempo arrobamiento edípico y ofrenda a la potencia materna. Y es "sin el niño" que cruzará los Alpes, el niño no teniendo derecho de estadía en Francia. En este punto, el análisis se tornará inquietante para él, ya que, denunciando la escisión, le recordaba que el niño en él se hallaba aún en el interior del huevo que Luciano debería romper si quería realmente dejar el vínculo fusional con su madre. Esta imposibilidad de romper el huevo se veía reforzada por el temor que entonces su madre o él murieran. "*Mors tua vita mia*" (tu muerte mi vida), me había dicho. El cuadro representa una Virgen de Piedad: María y su hijo, que sostiene en sus rodillas el cuerpo adormecido o inanimado, prefigura la Pasión. La imagen anuncia el dolor. Alude al sufrimiento de la cruz, la muerte y la redención. Este cuadro confrontaba a Luciano con el dolor de la separación con su madre, vivida como la muerte de ambos. En su lógica, si abandonaba la posición de ser el falo de la madre se desmoronaban ambos. Para conservar su vida, pero sobre todo su relación de completud con su madre, el huevo permanecerá largo tiempo intacto. En la iconografía cristiana, el huevo representa a la vez la fertilidad y la

inmaculada concepción (Réau, 1957). Evitar la lengua italiana le permitía justamente conservar en el trasfondo esta relación encapsulada, donde no había un lugar ni para el tercero ni para la escena primaria.

Si la pintura había quedado indisolublemente unida a su madre, la escultura, en cambio, lo acercaba a su padre. Luciano encontraba que la escultura era más sincera, con un costado más abrupto, más franco. De niño, un recuerdo de un viaje a Florencia con su padre le había dado la esperanza de poder identificarse con él. Sorprendido por el hecho de que la estatua de Neptuno tuviera "pelos en su sexo", su padre lo había tranquilizado diciéndole que, más tarde, él también los tendría. Sin embargo, el camino de la identificación con su padre quedará durante mucho tiempo cortado para Luciano, mientras la cáscara del huevo no podrá ser abierta y la plenitud encubierta cuestionada.

Compartir las lenguas o la dimensión incestuosa de la lengua

En una sesión, Luciano habla de su mujer y me dice que le gusta llamarla, en italiano, "*la mia amante*". Explicita que prefiere la palabra amante a su equivalente en francés "*maîtresse*". Me dirá: "En francés, esta palabra tiene forzosamente una connotación extraconyugal, una relación en la cual la "*maîtresse*" se convierte en ama del hombre que sucumbe entonces a su poder. En esa palabra hay algo doloroso". Le parece que la palabra "amante" es "mucho más simpática".

Me comenta, luego, acerca de un llamado telefónico de su madre, y me repite tal cual sus palabras: "*Se tu fossi rimasto qui vicino a me avrei potuto apprendere il francese come A. ha appreso l'italiano vicino a te*" (si te hubieras quedado aquí al lado mío, yo hubiera podido aprender el francés como Agnès [su mujer] aprendió el italiano a tu lado). Luciano encuentra este comentario al mismo tiempo cómico y grotesco, y agrega: "Esta historia de lengua además se torna algo importante".

Me doy cuenta entonces que varias veces a lo largo de su análisis, Luciano había citado las palabras de su madre directamente en italiano, a diferencia de los discursos de otras personas de su infancia. Hasta ese momento me había parecido que tenía que hospedar las palabras en italiano tal cual venían, en la integralidad de su fuerza pulsional, y que ésto tenía en Luciano una función mucho más importante que las asociaciones a las cuales reenviaban. Le digo: "Me trae las palabras de su madre en italiano para que yo me ocupe directamente de ella, sin que usted se vea confrontado con ella sin mediación".

Luciano dirá que alejándose de su madre entró en un mundo donde ella nada puede compartir con él, ni siquiera la lengua. Agrega: "Con Agnès quise compartir la lengua, tanto el italiano como el francés, ya que los dos dominábamos ambas lenguas. Esta mezcla de lenguas –con todo el costado erótico que tiene esto- puede hacerse porque el temor a una relación de poder no es un temor angustiante". Luego, Luciano trae un recuerdo de su infancia que, en el *après-coup*, lo angustia terriblemente: "Yo tenía un caramelo en la boca. No lo quería más. En vez de dejar que lo escupiera, mi madre me pidió que se lo pasara a su boca. ¡Mi primer beso de lengua fue con mi madre! Cuando descubrí mucho más tarde, lo que era un beso de lengua, este recuerdo me avergonzaba". Este recuerdo reenvía, por supuesto, al carácter incestuoso de la relación de Luciano con su madre, y a la confusión de las lenguas de la cual hablaba Ferenczi (1932), pero sobre todo a la carencia de una terceridad que mediara dicho vínculo.

El hecho de pasar por el francés, usando esporádicamente términos en italiano, tuvo una función equivalente a la que propone Freud (1925) en su artículo acerca de la negación. No se trata tanto de "mi madre no es", como en el ejemplo de Freud (p. 253), sino más bien de mi madre es mi madre, pero no es "*mia mamma*". La negación permanece implícita por el pasaje por la otra lengua. Freud (1925, p. 254) dice: "De ahí resulta una suerte de aceptación intelectual de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión". Esto permite levantar la barrera de la represión y, al mismo tiempo, mantenerla. De este modo, lo reprimido y, en particular, el representante-afecto, se acercan a las orillas del análisis a través de las pequeñas olas tranquilizadoras de la lengua extranjera y no por las olas avasalladoras de la lengua materna.

Para Luciano, la lengua extranjera contiene, como lo haría una piel nueva, lo demasiado pulsional de las palabras maternas y su contracara, lo demasiado de superyó paterno, tornando la envoltura sonora analítica tolerable, condición necesaria para que se vuelva fecunda.

La lengua italiana y el uso electivo que Luciano hacía de ella reenviaban a menudo en su transferencia a la rama materna y a su relación encapsulada con la imago materna (el huevo de Piero della Francesca). La imagen del huevo en el cuadro del pintor italiano del siglo XV, había provocado en Luciano un indudable encantamiento. Su exaltación secreta le hacía guardar encapsulados el italiano como lengua de intercambio exclusivo con su madre, lengua de la madre, lengua de la fusión que excluye al tercero. Posición imaginaria omnipotente, que le impedía renunciar a ser el falo materno. Fue desgarrador para Luciano lograr concebir que el huevo tenía que abrirse, y que su partida del otro lado

de la frontera italiana no se lo garantizaba *per se*. Le fue necesario atravesar los Alpes, tener un nuevo envoltorio sonoro de la lengua extranjera, poner a distancia la lengua de la madre y de la abuela, concebir una escena primaria que no fuera destructora, tal cual se la había propuesta la abuela, sino portadora de creatividad. Aceptar estar excluido de la misma para poder finalmente acceder al padre, permitiéndose libremente identificarse a él. Que no podía salir de la cáscara, sino identificándose con su padre y concibiendo que la renuncia a ser el falo de su madre le abría el acceso a tenerlo (Lacan 1958). Que había otro padre posible con el cual identificarse que aquel descalificado por su madre y su abuela en un discurso escuchado por Luciano en italiano.

Una frase italiana muy conocida resume bastante bien el efecto del pasaje de una lengua a la otra y la imposibilidad de toda traducción: "*traduttore, traditore*" (traductor, traidor). Ahora bien, desde el punto de vista psicoanalítico, podemos preguntarnos: *traditore* ¿de qué?, ¿de quién?, ¿del sentido del texto, de la semántica? De todo eso, por supuesto, *traditore* de la lengua materna, de su sintaxis, de los matices de su gramática imposibles de reproducir fielmente en otra lengua. Pero sobre todo, *traditore* de la lengua de la madre; es decir, del discurso que dirige una madre a su hijo desde el momento mismo del nacimiento – a veces incluso desde antes-, de la obligación de sentido que impone al *infans* estrechándolo entre las redes de sus palabras.

Esta obligación de sentido está en funcionamiento en toda relación madre-hijo. El pasaje por otra lengua torna explícita la traición necesaria con respecto al discurso de la madre, de la cual no está exento el monolingüe. Dejar atrás la lengua de la madre equivale a salirse de una relación fusionada, de la confusión de dos voces que no se expresan más que al unísono.

El recurso a una lengua adquirida secundariamente -proponía Lagache (1956)- ofrece al paciente mayores posibilidades de represión. Puede permitir el desarrollo de una cura que sería inabordable con el recurso exclusivo de la lengua materna. El francés permitió quizá a Luciano sortear la angustia de desmoronamiento si abandonaba su identificación imaginaria al falo materno, haciendo intervenir la terceridad en un idioma en el cual su padre no aparecía devaluado. El italiano habría funcionado como un idioma en el cual su identificación fálica adquiriría toda su plenitud, a diferencia del francés donde la Ley simbólica tenía cabida.

Se trata de ofrecer a Edipo –en el curso de un análisis- que se exprese a través de las palabras y las lenguas que más se lo permitan, para construir, mediando la terceridad, el acceso a la alteridad y, por ende, a su propia subjetividad. No hay dos sin tres. Y, en el mejor de los casos, la terceridad no es la vencida.

Piero della Francesca, El retablo de Brera



Bibliografía

- Amati-Mehler, J., Argentieri, S. y Canestri, J. (1990) *La Babele dell'Inconscio*. Milán: Raffaello Cortina.
- Baranger, W. y M. (1969) *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975) *La violence de l'interprétation*. Pars: PUF.
- Chaboudez, G. (1994). *Le concept du phallus dans ses articulations lacaniennes*. París: Lysimaque.
- David, C. (1964). D'une mythologie masculine touchant le féminité. En *La Sexualité Féminine*. J. Chassegue-Smirgel (dir.)., París: Payot.
- Derrida, J. (1996). *Le monolinguisme de l'autre*. París: Galilée.
- Ferenczi, S. ((1968)). *Confusion des langues entre les adultes et l'enfant*, O.C., París: Payot,. (Texto original: 1932).
- Freud, S. (1925). *La negación*. (pp. 253-259, XIX). Buenos Aires: AE.
- Green, A. (1973). *Le discours vivant*, París: PUF.
- Lacan, J. (1966). La signification du phallus. En *Écrits*. París: Ed. du Seuil. (Texto original: 1958)
- Lagache, D. (1956). Sur le poliglotisme dans l'analyse. En *La Psychanalyse*. I. (pp. 167-178).
- Neyraut, M. (1974). *Le transfert*. París: PUF.
- Penot, B. (1994). *L'Implication subjective de l'analyste est-elle soluble dans la notion de contre-transfert*. R. F. P. t. LVIII. (pp. 1593-1596). París: PUF.
- Pragier, G. (1986). Le sexe des anges. En *Bulletin de la Société Psychanalytique de París*. 10. (pp. 93-110). París: PUF.
- Réau, R. (1957). *Iconographie de l'art chrétien*. París: PUF.